Fuera de VALIJA

234/235 DON TANCREDO 12 Agosto 1950

LOS corresponsales extranjeros en España suelen hacer observaciones curiosas y desconcertantes. Uno de ellos, el de la Agencia France Presse, señala, por ejemplo, que en las corridas de toros que se celebran allí no se ven ya, como en otros tiempos, a imitadores de Don Tancredo. Es' cosa notable que un corresponsal extranjero, dedicado a hacer el inventario de todas las cosas que faltan en España, desde la libertad hasta el pan blanco, haya notado que, además de todo eso, faltan también los Don Tancredos. Acaso el periodista francés creyó antes de ir a España que en nuestra tierra era cosa corriente el ejercicio tancredil y que abundaban allí los ciudadanos que hacen de estatua sobre un pedestal y aguantan tranquilamente las embestidas de los toros. Quizá tal referencia la tendría dicho corresponsal de cualquier amigo francés que, en algún pasado viaje, nos veía así a los españoles, del mismo modo que Musset vió en Barcelona a la famosa "Andalouse au sein brun". Sino ¿cómo se le podría ocurrir a un francés notar ahora la falta de los Don Tancredos en España?

Además: ¿es cierto que ya no hay Don Tancredos en España? ¿O la verdad es que todos los españoles son ahora auténticos Don Tancredos, que resisten impasibles las acometidas del marrajo franquista? ¿El corresponsal francés no ha visto a los Don Tancredos porque realmente no los hay o porque, al ser toda España un inmenso Don Tancredo, no ha notado la presencia particular de ninguno de ellos?

Para comprender la confusión en que puede haber incurrido el periodista galo, conviene recordar bien quién era Don Tancredo, qué es lo que significaba como figura representativa de España y cuál era su verdadera personalidad humana y simbólica.

Como personaje de carne y hueso, Don Tancredo López era un valenciano, de Benaguacil, si no recuerdo mal, que ideó la suerte taurina más española que sea posible imaginar: la de aguantar a pie firme, vestido de estatua, los derrotes de la fiera. En el fondo un español no es sino un hombre condenado a aguantar impasible los derrotes de la adversidad. En la época en que Don Tancredo comenzó por las plazas de España su arriesgado ejercicio estático, hacía pocos años que nuestra patria había sufrido imperterritamente una terrible embestida: la del desastre del 98, a consecuencia del cual unos hombres ilustres que luego formaron involuntariamente la llamada "generación del 98", se dedicaron a escribir libros amargos y a colaborar en diarios y revistas, mientras que Don Tancredo López, por su parte, se dedicó a interpretar a España en los ruedos de las plazas de toros. La tragedia de España es, como se sabe, la frustración de todos sus impulsos libertadores, la impotencia ante el cruel destino, y esto lo interpretó Don Tancredo quedándose impávido ante el toro, o sea ante el hado adverso. El español era en aquel tiempo' el hombre que resistía las acometidas no sólo de los hechos históricos más aciagos, sino también de la cesantía, del casero, del sastre, del zapatero, de todos los proveedores españoles en fin, que a su vez tenían que hacer frente a las acometidas del cliente español que, por su parte, no podía pagar.

Así unos españoles se dedicaban al tancredismo frente a otros, los cuales tienen también que practicarlo frente a aquéllos, y toda España era como una enorme estatua blanca montada en su pedestal, haciendo frente serenamente a los dramas grandes y chicos de la vida. La intuición de Don Tancredo al simbolizar ese momento español fué sencillamente genial. Su arte floreció, por cierto, en la época del tosco bufo, pero no tenía en realidad nada de bufo. Era, por el contrario, trágico, desgarrador, segismundesco. El hombre todo vestido de blanco, con un traje como de alguacilillo que fuese a tomar la primera comunión y tocado con un sombrero, también blanco, de mariscal napoleónico, plantado, con los brazos cruzados, sobre su pedestal, y esperando sin pestañear los derrotes de la fiera corrupteta, parecía decir no ya: "¡Venga el torito!", sino: "¡Vengan penas y sufrimientos y desventuras!" Don Tancredo era así la pura imagen del español impávido ante su desgracia. Su figura alegórica superaba en mucho las proporciones de su ser físico y real. Por eso, podía soportar sin inmutarse las mayores adversidades. No era ciertamente la más temible la del toro al embestir, sino a veces la del público, formado por otros Don Tancredos con movimientos, pero igualmente impasibles ante su propia tragedia.

Una vez, por ejemplo, varios amigos suyos de su mismo pueblo, para celebrar los triunfos de Don Tancredo, le ofrecieron una paella. Después de la comida tenía que actuar "el rey del valor" en la plaza de toros de Benaguacil, y cuando, en plena laboriosa digestión, Don Tancredo, vestido de blanco, se plantó en el pedestal y el estado enemigo salió del toril lanzándose recto contra él, sus compañeros de paella empezaron a dispararle, con potentes tiradores de goma, descargas de perdigones. Don Tancredo aguantó las perdigonadas sin moverse, como si fuera una estatua de verdad o, más bien, como si fuera no un Don Tancredo, sino dos Don Tancredos: uno ante el toro y otro ante el público de amigos y paisanos. Nunca su imagen de español impasible ante la adversidad había adquirido calidades tan sublimes. Jamás su estatua había sido una representación tan auténtica de la España acometida por todas partes, pero firme ante la fatalidad.

Todo ello ocurría en la época en que las tragedias del español eran tragedias mínimas comparadas con las que ha tenido que sufrir después. Pero así, cuando llegó el momento franquista, la impadivez española ante el peligro asombró al mundo. Era la pura actitud del héroe y del mártir, del hombre que no da un paso hacia atrás ni sueña para su salvación, del hombre inerme, solo ante la fiera y ofreciendo el ejemplo imperedero de su estoicismo.

Al ruedo ibérico jamás había saltado hasta entonces un marrajo de peor ralea ni más feroz y criminal que Franco. Y ante la magnitud de la fiera se sublimó la figura impasible del español sobre el pedestal de su propia gloria. Impávido todavía hoy, aun cuando algunos senadores norteamericanos y otros malandrines disparen con sus tiradores perdigonadas de dólares para ayudar a Franco, o sea, al toro que embiste.

El corresponsal francés que advierte ahora la ausencia de los Don Tancredos de las plazas de toros españolas, no ha sabido ver, sin duda, el gran símbolo español del pueblo impávido ante las acometidas de Franco. Abandonado por todos, solo en medio del ruedo ibérico, aguantando sin pestañear los arranques del innoble bruto, nuestro pueblo representa la más sublime imagen del valor callado frente al cruel ensañamiento de la bestia feroz. Toda España es una inmensa y excelsa estatua blanca e impávida, aun después de los terribles desgarrones hechos en su carne por los cuernos del marrajo ese de Franco.

EL VALIJERO

A.P.C.E.
SIG.: 1-29/1391.